

UN AMIGO VERDADERO.

(Conclusion.)

V.

Un domingo temprano, Antonio dijo a Darneton:

—¿Cree usted necesitarme durante el día?

—Nó, amigo mio, está usted completamente libre.

—Gracias, voi a aprovecharme de mi libertad para hacer una excursion por los alrededores de la ciudad, todavía desconocidos para mí.

—Si desea usted dar ese paseo a caballo o en carruaje, uno de mis caballos de silla o mi tilbury está a la disposicion de usted, hoi como siempre.

—Sin duda que me aprovecharé algun dia de su amable ofrecimiento, señor; pero hoi prefiero salir a pié en compañía del amigo Medoro.

Media hora mas tarde, Antonio estaba ya léjos de la ciudad, en medio de una campiña animada, rica de vejetacion, adornada por todas partes de esas *villas* blancas i graciosas a donde van los comerciantes ricos a descansar el domingo de las fatigas de la semana.

Al medio dia, al atravesar Antonio un pueblecillo, notó que Medoro estaba mui sofocado, pensó naturalmente que tendria sed, i aun él mismo la experimentaba. Entró en una pequeña posada, i se hizo servir un pedazo de carne fria de que tocó parte a Medoro, i una media botella de vino de Medoc.

Era la una cuando el jóven salió de la posada.

—Me hallo a tres leguas de la ciudad, pensó, i me parece que obraré cuerdamente no alejándome mas; es hora de volver a casa, i lo haré por otro camino distinto del que me ha conducido hasta aquí.

Al salir del pueblo, que está situado en una planicie algo elevada, vió dos caminos, o mas bien, dos senderos que partian del

lugar en que se encontraba; se detuvo vacilando si tomaria el de la derecha o el de la izquierda; el primero se dirijia rectamente hácia la ciudad, el otro obligaba necesariamente al caminante a hacer un largo rodeo; pero abundaba en terrenos quebrados i conducia a un pequeño valle por el cual serpenteaba un arroyo de caprichosas curvas. Antonio lo escojió; pues, si bien mas largo, le pareció mas agradable. Silbó a Medoro que corria locamente entre las cepas de vid, i se encaminó por el sendero que conducia en suave pendiente al valle. No tardó en llegar a las orillas del riachuelo que, aunque angosto, corria con mucha rapidez i parecia ser mui profundo, pues, apesar de la limpieza de sus aguas, no pudo Antonio divisar su fondo. Viejos sauces torcidos i de huecos troncos se inclinaban sobre la orilla en que bañaban sus flexibles ramas. El calor era en aquel momento insoportable. Antonio se sintió completamente cansado, buscó un lugar cómodo cerca del rio, i allí se sentó sobre la yerba, a la sombra de uno de los árboles.

Medoro se acostó a su lado.

El jóven se hallaba en la orilla derecha; hubiera podido pasar fácilmente al lado opuesto por medio de un madero que atravesaba el rio a manera de puente.

Despues de descansar unos veinte minutos, iba a levantarse para proseguir su camino cuando el ruido de varias voces llegó a sus oidos.

Medoro habia ya levantado su hermosa cabeza, i con los ojos fijos en su amo parecia preguntarle.

Guiado por un sentimiento de curiosidad, Antonio echó a un lado algunos gladiolos que le impedian ver, i observó.

Tres mujeres, bellas, jóvenes i alegres, se paseaban por la orilla opuesta; no pudo nuestro ingeniero ver sus rostros, por estar ocultos tras las sombrillas; dos chiquituelos de diez i doce años corrian por delante de ellas alborotando risueñamente. Antonio reconoció al hijo de Darneton en uno de los muchachos; seguramente que una de las señoras debia ser la esposa de aquél.

Medoro se levantó con la mejor intencion de ladrar, pero, ántes de haber tenido tiempo de dejar oír su poderosa voz, su dueño le tomó por la cabeza i le obligó a volver a acostarse sobre la yerba.

—¡Silencio! Medoro, le dijo; ¡silencio! te prohibo que articules el mas leve sonido.

El intelijente animal comprendió, i se acurrucó al lado de su amo, cerrando los ojos.

En aquel momento las señoras se encontraban casi frente a Antonio.

—Gustavo, dijo una voz que el jóven reconoció al momento, Gustavo, te sofocas demasiado, no corras tanto, i sobre todo no te acerques tanto al rio.

—No tengas cuidado, mamá, no tengas cuidado.

—¡Si supieran ustedes todo lo imprudente i aturdido que es! dijo la señora Darneton dirijiéndose a sus compañeras.

—Gustavo es como todos los muchachos.

—Sin duda; pero tiene un arrojito que me hace temblar.

Los dos niños habian llegado junto al madero.

—¿Te atreverías a pasar corriendo por este puente? preguntó Gustavo a su amigo.

—No sé; me parece que tendria miedo.

—¡Oh! yo no tengo miedo alguno, dijo Gustavo, que habia puesto ya un pié sobre el madero.—Lo vas a ver.

I, diciendo i haciendo, se lanzó por el peligroso puente. Desgraciadamente dió una pisada en falso i perdió el equilibrio, quiso sujetarse con las manos; pero el peso de su cuerpo se lo impidió; dió un grito i desapareció en el agua.

VI.

A este grito del pobre niño, otros gritos terribles, desesperados, contestaron; la señora Darneton cayó sin conocimiento en los brazos de sus amigas que no cesaban de gritar pidiendo socorro.

Antonio, desde el lugar en que se hallaba, no habia podido ver la caida de Gustavo; pero, a los primeros gritos, previendo la ocurrencia, corrió hácia el madero.

—¡Al agua! Medoro ¡al agua! exclamó. El perro cayó de un salto en el rio; se puso a nadar describiendo un largo círculo, i buscando en torno suyo. El niño, conducido por la corriente, apareció en ese momento a quince o veinte metros mas allá del puente.

—¡Por aquí! Medoro ¡por aquí! dijo Antonio.

Mas ya el perro habia visto, i ayudado por la corriente nadaba rápidamente; pero ántes de tener tiempo para llegar hasta el niño, éste habia desaparecido de nuevo.

Entónces Medoro echó una mirada a su amo, quien le animaba con la voz i el jesto i se zambulló.

A los cinco segundos apareció con el niño asido por una pierna.

—¡Por el cuello, Medoro! ¡tómale por el cuello! El heróico animal no se lo hizo repetir; soltó la pierna i sostuvo al niño por el cuello de la chaqueta, i así, manteniéndole siempre la cabeza fuera del agua lo condujo a la orilla.

Antonio se encontraba allí; al estar Gustavo al alcance de su mano, lo tomó, lo cargó i lo llevó a donde se hallaban las señoras. Medoro apénas se hubo sacudido el agua corrió a su amo i se puso a lamer el rostro i las manos del niño.

La señora Darneton continuaba desmayada; una de sus ami-

gas la atendia miéntras la otra auxiliaba a Antonio en los cuidados que tributaba al hijo.

—¡Ha hecho un movimiento! exclamó de repente el jóven; vea usted, señora, vea usted, las mejillas empiezan a enrojecerse, respira, está salvado. . . . ¡Bravo, Medoro, mui bien! ¡eres todo un valiente!

Un instante despues, el niño se llevó las manos al pecho, dejó escapar un profundo suspiro i abrió los ojos. La señora Darneton empezaba a volver en sí.

—Ahora ya no me necesitais, señoras, dijo Antonio; i no tengo tiempo que perder para alejarme.

—¡Cómo! exclamó la que parecia de mas edad ¿lo hace usted acaso para evitar el que mi amiga le dé las gracias?

—Hai otra razon, contestó el jóven, señalando al perro.

—¡Ah! me olvidaba. . . . Es decir, que conoceis a la señora Darneton.

—Sí, señora, i doi mil gracias a la casualidad que conduciéndome aquí me ha dado la oportunidad de salvar a su hijo.

—Pero ántes de irse usted, déjenos su nombre, por lo ménos.

—Hace tres semanas que estoi empleado en casa del señor Darneton.

—¡Ah! si, sé ahora que es usted el señor Raymond.

—Sí, señora.

El jóven saludó a las dos señoras, i se alejó rápidamente seguido de Medoro, i entró en Burdeos ya cerca de la noche. Comió con Darneton; pero no le dijo una palabra del peligro que habia corrido su hijo.

A la mañana siguiente, como a eso de las nueve, se detuvo un carruaje frente a la casa; conducian a señora Darneton i a Gustavo, que volvian del campo.

Como no se les esperaba ántes de ocho o diez dias, no se habia juzgado necesario prohibirle a Medoro el uso del patio; allí se hallaba muellemente acostado sobre un monton de paja fresca. Al momento reconoció al niño, se lanzó a su encuentro i saltaba a su lado para demostrarle su alegría. Darneton, que acababa de asomarse a la ventana, palideció al ver lo que hacia el perro; mas, ¡cuán sorprendido quedóse al ver agacharse a su mujer, llamar a Medoro, acariciarle i permitirle que pusiese sus gruesas manos sobre sus hombros!

La madre i el hijo entraron en seguida en la casa llamando al perro, que iba tras ellos sin hacerse el desdeñoso.

Pocos momentos despues Antonio, que habia sido llamado por Darneton, entraba en el pequeño salon en que éste se hallaba en compañía de su esposa i Gustavo. Al lado de la señora Darneton, sentado sobre el sofá como todo un gran personaje, estaba Medoro, masticando un pedazo de azúcar.

—Mire usted, dijo Darneton a Antonio, mostrándole a Medoro i a su señora que tenia en la mano un segundo pedazo de azú-

car que el perro contemplaba de soslayo; en seguida tomó las manos del jóven ingeniero, i estrechándolas entre las suyas exclamó: Debo a usted la vida de mi hijo i la cura de mi mujer; es usted mi hermano; a partir de este dia es usted mi socio.

VII.

Medoro fué amado, acariciado i adulado por todo el mundo; en un dia habia conquistado todas las simpatías, i gozaba en casa de Darneton de la mas completa libertad: se le consideraba como a un miembro de la familia. Tenia su puesto en la sala de comer i su entrada a todas partes, en el salon, en los aposentos, en los jardines i los talleres; se le habia dado un cuarto para él solo en el pabellon habitado por Antonio.

Pero habia otro sitio en que Medoro gustaba de reposar i de dormir: el aposento de Gustavo; allí se extendia sobre una alfombra miéntras el niño daba su clase, inmóvil, sin impacientarse, durante horas enteras.

Antonio decia a veces:

—Creo que Medoro me ama ménos desde que se ha hecho amigo de Gustavo. Lo cierto era que el perro amaba al niño que habia salvado; pero este nuevo cariño se habia desarrollado al lado del primero, sin afectar a éste en manera alguna. Así es que cuando la señora Darneton salia por las tardes a dar un corto paseo acompañada de su hijo, Medoro iba a reunirse con Antonio, se colocaba ante éste en cierta actitud, le miraba moviendo la cola, i como diciéndole: ¿Me permites ir con ellos?—Vé, le decia aquél.

Esta palabra bastaba. Medoro, radiante de alegría, corria a reunirse con la señora Darneton i Gustavo. Como todos los perros, Medoro tuvo su collar, un valioso collar con su placa de oro en que estaba el nombre de su dueño; pero este collar no fué nunca mas que un mero adorno; jamas cadena alguna de hierro pendió de él.

Toda la ciudad conocia el perro de Antonio Raymond: su historia habia sido relatada en todos los salones i en todos los talleres; al pasar por las calles decian los niños: Ahí va Medoro, el perro que salvó a Gustavo Darneton; i pasaban sus manos por el pelo sedoso del animal, que se dejaba acariciar sin murmurar.

Este le ofrecia un pedazo de azúcar, aquél un pedazo de carne, el otro un bizcocho. A menudo el pobre Medoro no sentia los menores deseos de tragar bocado, pero las ofertas se le hacian de tan buen grado que su cortesía le obligaba a aceptar.

Gustavo habia comenzado sus estudios bajo la direccion de un profesor de la ciudad; al llegar a los doce años, i a instancias del mismo profesor, se decidieron sus padres a que siguiese, como externo, los cursos del liceo.

El día en que Gustavo fué conducido por primera vez a ese establecimiento de educacion por Darneton, Medoro, que no habia sido prevenido i que estaba ignorante de todo, quiso entrar en el aposento del niño para acompañarle, como de costumbre; mas halló la puerta cerrada, i comprendió al instante que su amigo estaba ausente. Viéronle en seguida recorrer toda la casa lleno de inquietud; todo lo exploró, las habitaciones, los jardines, i en seguida el patio, donde se acostó junto a la puerta de entrada.

Al mediodía la señora Darneton le llamó; era la hora del almuerzo, fué al salon de comer, se colocó al pié de la silla que solia ocupar Gustavo, i se negó a tomar alimento alguno; despues, cuando se hubo concluido el almuerzo, volvió a la puerta del patio, i allí permaneció hasta que vino Gustavo, a quien saludó con todo jénero de caricias.

A la mañana siguiente mui temprano ya estaba Medoro de guardia expiando la salida de su amigo, le acompañó hasta el liceo, i hasta trató de entrar con él; pero el portero le cerró la puerta en las narices sin piedad; i comprendiendo, sin duda, que no podia ser admitido como pupilo, volvió a su casa; por la tarde, pocos momentos ántes de la salida de los externos, estaba de nuevo a la puerta del liceo aguardando allí a Gustavo; i así, todos los días, sin excepcion, Medoro lo acompañaba en su ida de por la mañana i en su regreso de por la tarde.

—Medoro, al fin, me ahorrará un criado, decia sonriéndose Darneton.

VIII.

Hace cinco años que Darneton se retiró de los negocios; vive con su mujer e hijo en una hermosa residencia que compró en la campiña de Burdeos, a tres cuartos de legua de la fundicion.

Esta se halla dirigida hoi por Antonio Raymond, que ha sucedido a su antiguo socio; como ántes, la fundicion sigue prosperando i Antonio posee ya una brillante fortuna, que será duplicada dentro de poco sin duda, vistas sus facultades para el trabajo, la constancia de su noble carácter i su juventud.

Muchos de sus amigos, i entre ellos el mismo Darneton, han tratado de casarle; pero Antonio Raymond ha declarado que queria permanecer viudo i fiel a la cara memoria de aquella compañera que fué su único sosten en los primeros días amargos de de su vida.

Medoro se ha puesto viejo, como que va a cumplir veinte años: conserva todavía su hermosura; pero ya su cabeza empieza a cubrirse de pelos grises i no tiene la lijereza ni la fuerza de otros tiempos.

La señora Darneton quiso llevárselo consigo al campo; pero

Medoro prefirió quedarse en la ciudad junto a su amo; ya no gusta de correr i se pasa horas enteras durmiendo sobre su mulido colchon de lana.

Una o dos veces por semana, sin embargo, sale de la fundicion i va a hacer una visita a la casa-quinta de Darneton, pues no se ha olvidado de su amigo Gustavo, i de allí, despues de recibir las caricias de todo el mundo, retorna a la ciudad.

Se cree que vivirá muchos años mas.

EMILIO RICHEBOURG.

ALLA SENTADO....

Allá sentado en solitaria roca,
Al sepultarse en occidente el sol,
De las volubles olas contemplaba
La eterna ajitacion.

Vía al léjos cual punto en el espacio
Nave, que, deslizándose veloz,
A la mirada ansiosa se encubria
Cual soñada ilusion.

Sobre la misma nave, ha pocas horas
Daba a un amigo el postrimer adios;
Era feliz, el ánjel lo llamaba
De su primer amor.

Tras larga lucha el que a la mar se hacia
Brillar miraba el rayo encantador
De la esperanza que adoró de niño,
I realidad es hoi.

¡Benignos astros al deseado puerto
Guíente, oh nave! El turbido aquilon
Huyan léjos de tí, mansas las olas
Te arrullen con amor!

Constitucion, 1870.

ENRIQUE DEL SOLAR.

SONETOS.

I.

EL SONETO.

Como esculpido vaso alabastrino
De arjentada i suäve transparencia,
Guarda el soneto misteriosa esencia,
En el fondo de un verso cristalino.

Dictóle Clio a un bardo florentino,
El le dió ritmo e intencional cadencia,
I de su canto a la amorosa influencia
Le llamó el hombre menestral divino.

I a mí tambien una indulgente amiga,
A solas me lo canta i en secreto,
¡I no me importa lo que el mundo diga!

¿Nó? el tiempo vuela con afan inquieto;
I ella la union que nuestras almas liga,
Entónce apénas cantará un soneto.

II.

LA SIESTA.

Dormia el cazador. La grata siesta,
Sus lánguidos rumores le ofrecia;
La cigarra en el surco, en la alquería
La voz del gallo de encendida cresta.

Atento el galgo sus oidos presta,
Alza el cuello i observa por la via,
Escarba tierra, descansar le hastía,
I alarga la cabeza i se recuesta.

Zumba el insecto; desplegando el ala,
De flor en flor la mariposa vuela,
I el céfiro dormido se resbala.

I miéntras duermen amo i centinela,
Léjos, mui léjos, en desierta sala
Una jóven llorando se desvela.

III.

LA NUBE.

Cayó la noche; en el balcon abierto
Lento jemia un misterioso piano,
La brisa oreaba en el oscuro huerto,
Yo meditaba en el jardin cercano.

Cruza al acaso en el azul desierto
Algun ave nocturna de verano;
Se alza la luna, un resplandor incierto
Baña las cimas del pinar lejano.

Como el incienso de doradas copas,
Brota del bosque majestuosa nube,
Tendiendo al aire sus lijeras ropas.

Así el alma inmortal de Margarita
De luz se impregna i por los cielos sube,
Miéntras que *Fausto* en el jardin medita.

Octubre de 1875.

JUAN AGUSTIN BARRIGA.



EXAMEN

DEL JUICIO CRÍTICO DE LOS PRINCIPALES POETAS ESPAÑOLES DE LA ÚLTIMA ERA, OBRA PÓSTUMA DE DON JOSÉ HERMOSILLA, I DADA A LUZ POR DON VICENTE SALVÁ EN VALENCIA, AÑO DE 1840.

(Continuacion.)

HERMOSILLA.—Extraño mucho que ignore Ud. que el adjetivo *difícil* nada significa en nuestro idioma, aplicado a las personas, si no se sigue un verbo en infinitivo que determine el objeto de la dificultad: v. g. *Juan es difícil de convencer. Los gallegos son difíciles de engañar.* Pero el tal adjetivo a secas solo puede aplicarse a las cosas, como *negocio difícil, problema difícil.* En frances es diferente: se aplica a las personas i quiere decir *nimiamente escrupuloso, delicado con exceso;* en una palabra, *descontentadizo.* ¿A qué viene esa sonrisa burlona? ¿Estoi acaso diciendo algun disparate?

SALVÁ.—Todo lo contrario, señor don José. Convengo con Ud. en que es un solemne galicismo, que de propósito dejé caer por ver qué tal sentaba.

H.—¿Cómo habia de sentar? Si Moratin lo hubiera oido, no le esperaba a Ud. mal latigazo. Dale con la risa.

S.—Me estoi riendo hace rato del chasco que Ud. se va a llevar. Este galicismo esputendo, garrafal, intolerable, lo cometió Moratin en la sátira EL FILOSOFASTRO, en la cual dice: (páj. 219)

*Mas difíciles son i atrevidos
Que nuestros padres.*

H.—Hombre, déjeme Ud. verlo.

S.—Aquí está. ¡Que cabizbajo se ha quedado Ud.! Levante ya los ojos del libro. ¿No ha tenido Ud. tiempo sobrado para leer verso i medio?

H.—¡Jesus! ¡Jesus! Estoi aturdido.

S.—Serénese Ud., i sigamos nuestro repaso.

H.—Confieso, amigo mio, que no creí jamas encontrar en Ud. un enemigo tan acérrimo de nuestro Moratin. Mui léjos de eso, le juzgaba apasionado suyo.

S.—I lo soi en realidad. Ya he dicho que estimo mucho a Mo-

ratin, que me deleito en leer sus comedias i otras composiciones, en que hai cosas mui dignas de elojio. El enemigo de Moratin es Ud., pues su vergonzosa parcialidad me ha puesto en precision de medirle con la misma vara con que Ud. mide a los que cree que le hacen sombra. Vuelvo a repetir que a los poetas célebres i a los demas escritores que merecen la aceptacion universal no se les juzga por medio de reparos pueriles. Tales censores son los que llama por burla Ciceron *cantores formularum, i aucupes syllabarum*; esto es, ensalzadores de las fórmulas, i cazadores de sílabas. No diré que son infundadas todas las tachas que Ud. nota en Melendez, ni que Ud. deje una u otra vez de hacerle justicia; pero las de Moratin se le pasan por alto, o se convierten en primores. Digo mas: algo de los defectos imputados al primero están respirando mala fé por todas sus letras.

H.—En eso no convengo: habré estado con él ríjido i minucioso, si Ud. se empeña en ello; pero siempre la conviccion ha dictado mis observaciones.

S.—Ahora lo veremos. En la anacreóntica de Melendez a un baile critica Ud. la estrofa que dice:

*De ramo en ramo cantan
Las tiernasavecillas
El amoroso fuego
Que el seno las ajita.*

Recae la censura sobre la inexactitud de la expresion *cantar el fuego*, como si no supiese Ud. que en poesía se canta todo; las armas, el campo, los héroes. ¿Cabe un reparo mas pueril i malicioso? Dice Ud. que el fuego se *enciende, se apaga, se aviva*, pero no se canta. Segun eso Virjilio no debió decir: *Arma virumque cano*, porque las armas se *forjan, se afilan, se esgrimen*, pero no se cantan. ¿I por qué no aplica Ud. a Moratin tan singular doctrina, cuando dice, hablando de la toma de Panzacola: (páj. 41)

Ni permite que cante
Los lauros que Gradivo en sangre baña
La América triunfante?

¿Puede la América triunfante *cantar lauros*, i no pueden las aves *cantar el fuego amoroso* que las ajita? ¿I será razon poderosa para negarlo, decir que los lauros se *cortan, se riegan, se hacen con ellos coronas i escabeches*; pero no se cantan? ¡Ridícula frialdad!

En la anacreóntica A UN PINTOR reprende Ud. las *turjentes* *poemas* de la estrofa 19, diciendo que es mas decente decir *pechos*, i añade que *turjentes* es voz algo *quirúrjica*. ¿Algo? ¿A tales reparos qué se ha de contestar?

En la anacreóntica A LA ESPERANZA i otras composiciones afea Ud. el uso que hace Melendez del adverbio *hora* en lugar de

ahora, aun cuando confiesa que lo han hecho igualmente los poetas del siglo XVI; es decir, los principales maestros, como Garcilaso, Herrera i frai Luis de Leon. Cabalmente el adverbio *ahora* si se emplea como voz de tres sílabas hace flojo i arrastrado el verso, i si se contrae a fin de que solo se cuenten dos, resulta escabroso i duro. Estas razones, i sobre todo la autoridad de los grandes poetas citados, debieran dejar a salvo a Melendez de semejante censura, a no haber empeño formal en atribuirle defectos.

Esto lo confirma el que reprobando Ud. en Melendez la contraccion de la misma palabra *ahora*, reducida a dos sílabas, en este verso:

Ahora cantara, cual ansié algun dia,

añade: *¿Por qué no dijo hora, como otras veces?* De modo que le reprende Ud. aquí por no haber hecho lo mismo que le afea en otros lugares. *¿Cabe en esto buena fé?*

H.—Lo que yo quise decir es, que ménos malo fuera que hubiese puesto *hora* en vez de *ahora*, sin que esto sea dar mi aprobacion a ese adverbio anticuado.

S.—Las voces i frases poéticas, empleadas uniformemente por los principales poetas del siglo XVI, no merecen la calificacion de anticuadas, i el adverbio *hora* no tiene la nota de anticuado en el diccionario de la Academia.

H.—Mucho será que no la tenga.

S.—A fé que pronto saldrá Ud. de la duda. Aquí está (octava edicion, páj. 402): *Hora*, adv. de lug. *Ahora*.

H.—Estoi convencido; pero en la mala fé no convengo.

S.—En la anacreóntica A LA BREVEDAD DE LA VIDA le acusa Ud. de prosaico por estos dos versos:

*I a los meses los años
Sucedén por la posta,*

sin hacerse cargo de la sencillez propia de este jénero, ni de que hai prosaismo de versificacion, de lenguaje i de expresion. La de este lugar no puede ser mas rápida, pintoresca i significativa; los versos son buenos, i la diction es familiar i sencilla cual conviene.

¿I en qué consiste que no hayan parecido a Ud. prosaicos estos versos de Moratin?

Todo lo manda i todo lo gobierna. . . . (páj. 57).

Ellas su auxilio deben ofrecerte. . . . (epíst. a un ministro).

Habiéndole comido el patrimonio. . . . (páj. 120).

I sobre todo estos dos con que da principio a una oda:

Don Jenaro, don Zoilo
I doña Basilisa....

¿No parecen a Ud. buen par de versos para una oda, i principalmente el segundo?

H.—Yo no sé, en verdad, por qué se obstinó ese hombre en bautizar con el nombre de oda ese romancillo, gracioso, eso sí, pero del jénero mas familiar i humilde.

S.—En el romance AL COLORIN DE FILIS reprueba Ud. que Melendez llame a la jaula *ominoso encierro*. La razon es porque *ominoso* es lo que *anuncia males*, i siendo el encierro el mayor mal que puede afijir a un jilguero, dice Ud. que aquel adjetivo no tiene objeto, i por consiguiente es impropio. Lo que es impropio en un crítico de buena fé, es inventar sofisterías para dar cierta apariencia de razon a sus voluntarias imputaciones. Supongamos que no deba aplicarse el adjetivo *ominoso* a un mal o a una situacion que no pronostique otros males. ¿El encierro de un colorin no le anuncia la pérdida de su libertad para siempre, que vendrá la primavera i no podrá gozar de la frescura de los bosques, ni saludar la salida de la aurora, ni celebrar sus amores? ¿No es esto criticar por criticar?

H.—¡Vaya, que está Ud. inexorable!

S.—No es ménos voluntaria i capciosa la censura de un verso de Melendez en el romance LOS SEGADORES, en que hablando del sol, dice:

I en su inmenso ardor nos baña.

Tacha Ud. de impropia esta metáfora: ¿i por qué? *Porque ardor es la impresion que sentimos al acercarnos a un cuerpo ardiente, i hasta ahora nadie se ha bañado en impresiones.* ¿Puede ignorar Ud. ni nadie que *ardor es calor excesivo*, i que los ardores del sol se llamarán siempre tales, aun cuando se prescindan de si hacen, o nó, impresion en nosotros? Lo mismo pudiera decirse del calor i del frio. Si estas palabras no significan otra cosa que la impresion que sentimos al acercarnos a un cuerpo frio o caliente, no podremos decir con propiedad: *El calor del sol vivifica los campos. El frio de enero atrasó las sementeras.* No sé, pues, cómo ha de salvar Ud. su buena fé en órden a tan fútil reparo. Pero como Ud. no se contenta con poner defectos a Melendez, sino que además stuele tomarse la libertad de enmendarle la plana, me fuerza a decirle que la reforma que propone del citado verso, decidiendo que estaria mejor,

I en su inmensa luz nos baña,

es desacertada, por no decir otra cosa. En prueba de ello bastará recordar que en el romance LOS SEGADORES se trata del sol ar-

diente de julio, i que la circunstancia de bañarnos *en su inmensa luz*, lo mismo se verifica en verano que en invierno.

H.—En esa parte doi a Ud. la razon: no caí en ello. Mas, dejando este punto, i a fin de acreditar a Ud. que no es tan excesivo el rigor de mi censura respecto a Melendez, observe Ud. en qué términos he hablado de LAS BODAS DE CAMACHO, drama que tirios i troyanos han convenido en calificar de perverso. A tener yo, como Ud. supone, ese afan de ensangrentarme en su autor, ancho campo hubiera tenido para anatomizarle verso por verso. Sin embargo, no lo he hecho así, contentándome con adherirme simplemente al concepto uniforme de cuantos han hablado de aquella malaventurada comedia.

S.—Nó, amigo; no crea Ud. que me da papilla con esa moderacion maliciosa. Ud. es mui ladino, pero a mí no me engaña. Ha dicho Ud. entre sí: ¿A qué emplear mi escalpelo como los cirujanos en un cuerpo muerto? Lo que importa es tiznar i desacreditar con la juventud lo que se ha ponderado como excelente i digno de imitarse. No deja Ud., a pesar de eso, de hacer en pocos rasgos festiva mofa de la ignorancia de Melendez acerca del estilo i lenguaje cómico, citando el *risum teneatis* despues de copiar docena i media de versos, a fin de que los lectores suelten la carcajada. Pregunta Ud. ademas en tono de compasion cómo el buen Melendez, sabido el poco aprecio que tuvo su comedia en el teatro i fuera de él, se empeñó en insertarla en la coleccion de sus poesías, haciendo así pública i perpétua su deshonra.

H.—Cierto que lo dije, i lo repitiré cien veces.

S.—¿Su deshonra, señor Hermosilla? ¿I por qué?

H.—Porque no es comedia, ni la versificacion ni el estilo son de comedia, ni tal composicion *es otra cosa que una larga égloga dialogada, dispuesta en forma dramática como el Aminta de Taso i el Pastor Fido de Guarini* (páj. 277).

S.—Luego Ud. mismo desvanece su acusacion confesando que Melendez no se propuso hacer una comedia, sino una pastoral por el estilo de las dos indicadas, que tanta celebridad tuvieron en su tiempo. Si Melendez no consiguió igual aceptacion, ya porque el gusto literario hubiese tomado un nuevo rumbo, ya porque cometiera el desacuerdo de dar al teatro una composicion, que, aunque dialogada, no era propia de la escena, ya en fin por no haber sido feliz en la imitacion de sus modelos, no por eso deja de haber en LAS BODAS DE CAMACHO trozos de poesía lírica i elejaca, bastantes por sí solos para acreditar a un gran poeta. Como no tengo a mano las obras de Melendez, me habré de contentar con repetir los mismos versos que Ud. copia por via de rechifla.

¡Ai! cómo en estos valles,
Morada ántes de amor, hoi del olvido,
Basilio fué dichoso!

¡Oh tiempo, tiempo! ¿Dónde presuroso
 Tan presto te has huido?
 ¿La crédula esperanza, que mi pecho
 Abrigó tanto años, qué se ha hecho?
 ¿Es ésta, infiel Quiteria, la ventura
 De tu zagal amado?
 Amado, sí, cuando inocente i pura,
 Como la fresca rosa,
 I mucho mas hermosa,
 Nos dió el amor sus leyes celestiales.
 En fin todo lo alcanza la riqueza,
 I en adorar el oro son iguales
 Cuidades i alquerías.
 El mérito es tener, i la belleza
 Cede del poderoso las porfías,
 Como la caña al viento

Estos versos no deshonran a nadie, señor Hermosilla, por mas que Ud. los haya elejido de propósito para ridiculizarlos, presentándolos como objeto de burla, i añadiendo que los restantes son *de la misma calaña*. ¿No se avergüenza Ud. de expresarse en tales términos? Gana me está dando de carear con los referidos versos un trozo cualquiera de los de Ud. de su traduccion de Homero; mas como por una parte no me he propuesto juzgar a Ud. en calidad de versificador, sino en la de crítico imparcial, i por otra pudiera Ud. ofenderse de que empleaba armas prohibidas, me abstendré de ello, i pasaré al exámen de otro punto.

H.—Ya va Ud. estando pesado, i no poco.

S.—Tenga Ud. paciencia. De la anacreóntica A LA AURORA solo dice Ud. que no le suena bien *¡Salud, divina aurora!* i le parece que es la fórmula francesa *je vous salue*, añadiendo que sin duda por eso el autor de la epístola a Andres (Moratin) censuró el *¡Salud, lúgubres dias!* del mismo Melendez. No está claro si Moratin hizo dicha censura porque no le sonaba bien a Ud. aquella apóstrofe, o por haberla creído semejante al *je vous salue* de los franceses. Si es por la última circunstancia, como parece mas probable, forzoso es convenir en que entrambos tienen razon. No cabe duda en que tal fórmula es parecida al *je vous salue* de los franceses, al *io ví saluto* de los italianos, al *salve, sancta parens* de Virjilio, al *salve Regina* de la Iglesia, al *salvete, flores Martyrum* de Prudencio, i en fin a todos los saludos del mundo. ¿Pero qué se infiere de aquí contra la anacreóntica de Melendez? Si esto no es criticar al aire, confieso que no lo entiendo.

H.—Yo en ese pasaje nada critico: digo simplemente que se parece a la salutacion francesa; pero ni le apruebo ni le re-pruebo.

S.—Ya veo que Ud., habiendo pronunciado su fallo Moratin, renuncia al uso de su razon, i se somete a su dictámen bajando sumisamente la cabeza.

H.—Yo juzgo por mí mismo, i en nadie reconozco el derecho de juzgar mi razon.

S.—¿Cómo no? ¿Cuántas veces se limita su censura de Ud. a estas solas palabras? *Baste decir que está en la epístola a Andres.* No parece sino que la tal epístola es un edicto de inquisicion. ¿I qué diré de la estrafalaria denominacion de *loista*, voz ridícula, inventada por Ud. para hacer un nuevo cargo a Melendez por mero capricho?

H.—No hai tal capricho: es un hecho innegable que Melendez usa el pronombre *lo* en lugar de *le*, lo cual, fuera de las locuciones neutras, es un gran defecto.

S.—¿Por qué es defecto? porque Ud. lo dice. Harto sabida es la controversia entre los gramáticos sobre si debe emplearse el pronombre personal *le* en solo el caso dativo, dejando el *lo* para el acusativo, o si en uno i otro debe usarse el primero. Ud. es de esta última opinion, i llama *loistas* a los que siguen la contraria, como llama *magüeristas* a los que emplean voces anticuadas. Semejante cuestion permanece indecisa, i en tal estado se hallará hasta que el uso jeneral i uniforme llegue a resolverla. Entre tanto, cualquiera tiene libertad para usar el *le* o el *lo* indiferentemente, segun le acomode o le convenga, i sin que nadie le pueda tachar por ello de infractor de las leyes del buen lenguaje. Melendez por lo mismo unas veces dice *lo*, i es lo mas comun, i otras *le*. De aquí toma Ud. pié para clamar contra el *loismo* de aquel escritor cuantas veces tropieza con su malaventurado pronombre, sin que esto le salve de otra reprimenda cuando escribe *le*, pues entónces le reprende Ud. porque infrinje su sistema favorito, dejando de ser *loista*. ¿I quién ha dicho a Ud. que Melendez es *loista* ni *leista* por sistema? El empleo que indiferentemente hace de una i otra terminacion probaria a quien no criticase por flujo de criticar, que Melendez, léjos de ser sistemático en este punto, se aprovecha de la libertad que el uso tiene autorizada.

H.—Pero Ud. no se hace cargo del ambiguo i poco decente sonido de varias expresiones, cuando en ella entra el pronombre *lo*. Solo por esto debiera desterrarse tal locucion, segun lo indico en varios lugares de mi Juicio crítico.

S.—¿I qué adelantariamos con eso? Supongamos que se proscribe el *lo* por una lei del reino, hecha en cortes, promulgada a son de clarines, i con su sancion penal por añadidura. ¿Qué sucederá en ese caso? Que todo el mundo dirá *le* en esas expresiones ambiguas, i tendremos la misma dificultad.

H.—Ya lo veo: a la larga vendriamos a dar en el propio inconveniente.

S.—Vamos a otra cosa. Censurando Ud. la oda AL FANATISMO deja caer la especie de que la expresion de este verso:

Bandera de la luna triunfadora,

es de Herrera. No sé si quiere Ud. dar a entender que Melendez

robó este verso al poeta andaluz. Pero, aunque así fuese, no hai ninguno de cuantos se han ocupado en versificar, que ignore cuán fácil es tomar el poeta por suyo un verso que le ocurre, siendo en realidad reminiscencia de otro que ha leído. Cuando Moratin estampó este endecasílabo: (páj. 107).

Por las concavidades retumbando

creo yo que estaba mui distante de imajinar que cometia un plajio.

H.—¿Pues qué? ¿No es suyo ese verso?

S.—Nó, señor; que es de su padre en el canto A LAS NAVES DE CORTÉS: bien que pudiera alegar derecho a su propiedad como su heredero lejítimo i único.

H.—Déjese Ud. de bromas.

S.—Enhorabuena; pero volviendo al verso de Melendez:

Bandera de la luna triunfadora,

dígame Ud. si la falta que le pone tiene otro fundamento que el maligno prurito de criticar.

H.—¿Pues qué digo de él? Ya no me acuerdo.

S.—Que incurrió en la impropiedad de decir *la luna*, debiendo haber dicho *la media luna*, por no ser sino *media* la que campea en los estandartes moriscos.

H.—¿I en eso no tengo razon?

S.—Tuviérala Ud. si no hiciera siglos que a cada paso leemos en nuestros escritores en prosa i verso *las africanas lunas, las lunas otomanas*, cosa que le consta a Ud. tanto como a mí, i de la cual pueden citarse ejemplos a centenares. Así en España cuando se dice *la media luna*, se entiende que es la de la plaza de toros.

H.—No puedo negar que en eso anduve algun tanto quisquilloso.

S.—Pues no creo lo estuviese ménos en la censura de estos cuatro versos de Melendez, contenidos en su oda MI VUELTA AL CAMPO, i en los cuales un labrador ve

El rio ondisonante
Entre copados árboles torciendo,
Engañar con su fuga circulante
Los ojos que sus pasos van siguiendo.

Aquí nota Ud. dos defectos: 1.º que diga *torciendo* sin añadir *el paso* o *el curso*, como si esta omision perjudicase a la claridad i no fuese de uso jeneral i corriente. ¡Cuántas veces habrá Ud. dicho, i oído decir: *El camino tuerce a la derecha. El arroyo va torciendo hácia la villa*, sin necesidad de que se añada *su direccion ni su curso!*

El segundo defecto consiste en aplicar impropiamente el adjetivo *circulante* a la fuga del río. No diré yo que convenga este adjetivo con propiedad matemática al jiro tortuoso que por lo comun llevan los rios; pero no puedo dejar pasar sin contestacion el que añada Ud. que el tal epíteto se puso allí por *la fuerza del consonante*. Esta calificacion es injuriosa a Melendez, i lo seria para cualquier versificador mediano, pues no hai cosa mas fácil que dar nuevo jiro a los versos cuando la rima es rebelde. Melendez lo estampó, porque, con razon o sin ella, lo juzgó pintoresco i oportuno. De lo contrario hubiera alterado el primer verso, i expresado su pensamiento de distinto modo. I a fé que no sé yo cómo se defenderia Moratin, ni por dónde sacarían el caballo sus ciegos panejiristas, si les dijésemos que solo *la fuerza del consonante* (al cual confesaba el mismo poeta tener muchísimo miedo) le habia obligado a emplear dos voces notoriamente impropias en las composiciones siguientes: 1.ª Al nuevo plantío que hizo el mariscal Suchet en la alameda de Valencia. Léense en ella estos versos:

*Amor, el dulce amor, alma del mundo
Aquí tendrá su imperio i monarquía,
I los pensiles dejará de Gnido,
La mansion del Olimpo i sus centellas,
Por gozar atrevido
En la que ve crecer floresta umbría
Los verdes ojos de sus ninfas bellas* (páj. 54).

¿Qué *centellas* del monte Olimpo son estas? Que por venir Cupido a gozar de la frondosidad del plantío i de los ojos verdes (¿por qué verdes?) de las valencianas, deje los pensiles de Gnido i la mansion del Olimpo, se comprende mui bien; pero que deje *sus centellas* no lo entiendo. ¿Será, pues, juicio temerario sospechar que tales centellas entraron en el verso forzadas por las *ninfas bellas* en que se propuso el autor que terminase la estrofa?

La segunda impropiedad, procedente de la maldita rima, se encuentra en la composicion de Moratin dirigida a un ministro sobre la utilidad del estudio de la historia. Hablando de la caida del imperio romano por la invasion de los bárbaros, principia un período con estos versos: (páj. 107)

*I como desatado
Suele el torrente de la yerta cumbre
Bajar al valle, i resonando lleva,
Roto el márjen con ímpetu violento,
Arboles, chozas; i peñascos duros
Rápido quebrantando, i espumoso
De los puentes la grave pesadumbre
I la riqueza de los campos quita,*

*I soberbio en el mar se precipita:
Así bárbaras jentes, etc.*

¿No es una compasion que en un trozo de nueve versos, en que solo los dos últimos están rimados, no hallase el poeta otro consonante a *precipita* que el frio i sosegado *quita*? ¿Qué quiere decir que un torrente furioso *quita* la pesadumbre de los puentes i la riqueza de los campos? ¿No está el símil pidiendo de justicia otro verbo que contenga en sí la idea de una violencia tan terrible, como *arrastra*, *arrebata*, *aniquila*, *destruye*? Ud., amigo, como no aplica a Moratin el mismo microscopio que a Melendez, léjos de descubrir la mota mas lijera en esta composicion, dice de ella: (páj. 106) “Citaré algunos trozos (uno es el copiado) no para notar defectos, porque en toda ella no los hai, sino para presentar modelo de la mas sublime poesía.”

De la oda AL PLANTÍO DE LA ALAMEDA VALENCIANA, es decir, la de las centellas, “asegura Ud., despues de otros encomios, a cual mas encarecido, que no tiene pero; qué fué dictada por el mismo Apolo, i que ella solo probaria que Moratin no solo es el mejor de nuestros poetas cómicos, sino el mas perfecto de cuantos han escrito versos desde Rioja hasta el dia en los jéneros en que ejercitó su pluma” (páj. 52). ¡Rotunda decision! ¡Admirable imparcialidad! Aun pudiera hacer a Ud. otra observacion sobre el atrevimiento del Amor en la oda de que estamos hablando....

H.—Hombre, déjeme Ud., por Dios, que ya estoi mareado con tantas observaciones, i tengo la cabeza como un timbal.

S.—En buena hora; pero no piense Ud. que ha de acabar aquí la fraterna. Mañana será otro dia.

JUAN NICASIO GALLEGO.

(Continuará.)



REMORDIMIENTO DEL ALMA

QUE NO HA PERDIDO SU PRIMITIVO CANDOR.

¡Placer! déspota cruel, tú deslumbras, atraes i nos dominas con un poder irresistible. Posees el májico prestigio de oscurecer la intelijencia i de arrebatara a la voluntad toda su enerjía, para resistir a la pendiente resbaladiza que nos arrastra a la perdicion. Placer ¿qué recompensa guardas a la flaqueza servil que obedece a tu imperio? el tedio de la saciedad i las amargas reflexiones de una conciencia atribulada: la tristeza nos agobia i el despecho destroza al corazon. ¡Cuán punzante dolor nos causa la rapidez del deleite i el hondo pesar que deja en pos de sí! ¡Qué vergüenza el sentimiento de nuestra miseria, el envilecimiento de nuestra alma i su afeminada languidez! ¡Qué odio al placer i a todo aquello que ha contribuido a exaltarle i provocarlo! ¡Qué comparaciones entre nuestra virtud i la de otros, siempre en nuestra ignominia, i cómo se complace la memoria en atormentarnos! ¡Cuántas acciones que nos habian producido una sensacion penosa e inspirado menosprecio i horror, se nos representan con viveza, para hacer resaltar mas nuestro oprobio comparándolas con las nuestras! ¡Cuánto nos aflije el ventajoso concepto que otros tengan de nuestra virtud, no pudiendo acallar los clamores de la conciencia, i qué desesperacion que nos amen por prendas de las que estamos mui ajenos! Entónces nuestra propia humillacion llega a su colmo: tiniebla densa cubre nuestro espíritu; como los réprobos en el dia tremendo del juicio, quisiéramos huir de nosotros mismos i escondernos a la vista de los demas, i el remordimiento, a manera de una saeta clavada en el corazon, por todas partes nos acompaña, nos inquieta i exaspera. Entónces juramos mantenernos firmes contra el ímpetu de nuestras pasiones, prorrumpimos en mil imprecaciones contra el vicio, i conjuramos al cielo para que fulmine rayos contra nosotros, si incurrimos en nuevos extravíos. I sin embargo de promesas tan fervientes de enmienda, la experiencia de nuestra debilidad nos perturba i entristece. Miramos lo pasado como en un espejo, vemos la sucesion i enlace de nuestras fragilidades, que una ha sido oríjen de otras muchas, i sentimos que el contajio del mal ha taladrado todo nuestro sér. Entónces se escapa del pecho oprimido un ¡mal haya! se exhala un ¡ah! que expresa en vano el deseo de revocar lo pasado. Entónces, en vez de calmar nuestro sufrimiento, procuramos mas irritarle, para

sacar de su mismo exceso resolucion firme, voluntad decidida para hollar los groseros deleites i marchar con planta altiva por el sendero del deber. Ilusion halagüeña, destellos de virtud, exhalaciones puras de una alma todavía honesta que pretende redimir su presente vergüenza i cobrar aliento para el porvenir.... I consuelo que una nada disipa: la palabra prudente de un amigo, el asalto inesperado de la pasion, la soledad i silencio de la tarde, las hojas del árbol movidas por el viento La menor cosa basta para renovar el recuerdo de nuestros pasados desórdenes; tocamos a cada paso objetos que nos revelan el abismo de nuestra corrupcion, i nos abrumba el pensamiento desolador de las continuas recaidas; ellas son otras tantas cadenas que nos arrastran a nuestras malas inclinaciones; pesa sobre nosotros tristeza sepulcral, descaecimiento que anonada, i gastado ya todo nuestro vigor moral, los esfuerzos mismos que hacemos para desprendernos de nuestros malos hábitos, parecen hundirnos i envolvernos mas i mas en el lodazal de nuestra abyeccion; son las últimas llamaradas de un candil, o mas bien las ansias del náufrago que brega inútilmente contra el choque de las olas, que lo empujan i arrastran en todas direcciones; nos encontramos bajo la influencia de un conjuro, agarrados por la mano poderosa de un demonio invisible.

Con todo, en medio de este profundo desaliento i de este caos sombrío, luce un rayo de esperanza, i deseamos ardientemente que vuele el tiempo, hasta que llegue el caso que saliendo nuestra virtud triunfante del vicio, en alguna prueba nos consuele nuestra fortaleza, i mas ensanchado el ánimo celebre gozoso la corona alcanzada contra las pasiones que habia desesperado de vencer....

Sí, hoi será el último dia que me deje avasallar por vergonzosas inclinaciones; desde hoi arrancaré de raiz los sentimientos mezquinos que abruga mi pecho, terminará mi carrera de bajeza i daré principio a la de estimacion i honor con que ha de ser hermoseedada....

¡Oh remordimiento! ¡cese entretanto de ajitarme tu justo rigor i tus crueles dardos emboten sus sangrientos agujones! ¡Oh cielo, yo te juro renunciar para siempre a mis locuras! ¡Santa virtud, ven a disipar mis congojas; levanta i fortifica mi alma abatida! Inflámame con tu sagrado ardor, i hazme sentir al aspecto de la torpeza, la repugnancia i horror que por ella experimentan los corazones puros; que las delicias inefables de la virtud me infundan un noble entusiasmo por todo lo justo i bello; que las imágenes seductoras del deleite no me deslumbren, que su ponzoñoso halago lo repela con indignacion, como aquellas bebidas que bajo su aparente dulzura, contienen el tósigo mortal que nos haria descender al sepulcro.

F. MARIN.

MESA REVUETA.

TERMÓMETRO DE LA PROBIDAD.

Un rico banquero de Poitiers, dice la *Semana religiosa de Berry*, se habia presentado en quiebra. Tres de sus acreedores se encontraron un dia i se preguntaron cuánta suma tenian comprometida en la quiebra. El primero dijo: Figuro en ella por treinta mil francos; el segundo confesó que el fallido le debia treinta i nueve mil francos; el tercero declaró que no le debia sino siete francos cincuenta centésimos.

—Sin embargo, observó uno de los otros dos, el banquero de Poitiers me ha dicho, hace algun tiempo, que él debia a usted cuarenta i cinco mil francos. ¿Qué ha hecho usted para no perderlos?

—He procedido de una manera mui sencilla; he reclamado mi dinero i me lo han entregado.

—¿Alguien probablemente le advirtió a usted con anticipacion la inminencia de la quiebra?

—El diario la *Verdad del Oeste* fué quien me lo avisó.

—Pero, ¿cómo el entónces que los diez mil suscritores de ese diario no han reparado en lo que usted leyó en él?

—Todos han leído lo que yo he leído, pero no lo han comprendido. He aquí el hecho:

El año pasado, nuestro banquero pronunció en Angers, al borde de la sepultura de un libre-pensador, un discurso que respiraba el materialismo i la impiedad, discurso publicado por la *Verdad del Oeste*.

—Es cierto, ese discurso realmente fué publicado en aquel diario; pero aun siendo materialista e impío, como usted dice, uno puede ser hombre probo i honrado.

—Yo no he racionado de ese modo. Me he dicho: Puesto que ese hombre hace alarde de no creer ni en Dios ni en el diablo, puede tambien un dia no creer ni en el honor ni en la conciencia. Me desagradó el oír a un hombre que me debia cuarenta i cinco mil francos decir sobre una sepultura que Dios, la justicia suprema, no era sino una quimera. Desde hace veinte años he observado que de cien quiebras, ochenta, por lo ménos, han tenido por autores a los hombres sin relijion.

—Hai mucha verdad en lo que dice usted; pero usted debió habérmelo advertido.

—He creído que no debia permitirme semejante falta de deli-

cadeza. Por otra parte, ustedes no me habrían hecho caso; me habrían tratado de clerical. Así van ustedes a saber en cabeza propia que *el temor de Dios es el principio de la sabiduría*, i por consiguiente de la probidad.

EN NOMBRE DE JESUCRISTO.

En una de las audiencias públicas del Pontífice Pio IX, adelantándose dos jóvenes, se echaron a los piés de Su Santidad, derramando abundantes lágrimas. El bondadoso Pio IX quiso levantarlas; pero ellas insistieron con una expresion de profundo sentimiento, lo que sorprendió al Sumo Pontífice, quien no pudo dejar de preguntarles la causa de su gran pesar.

—Beatísimo padre, le contestaron, somos protestantes i quiéramos hacernos católicas.

—Mui bien, hijas mias, repuso el Papa; ¿i hallais algun obstáculo para realizar vuestros deseos?

—Sí; nuestra madre se opone a ello.

La madre estaba allí presente con aire severo, i en pié a cierta distancia.

Pio IX la miró i pareció que se entristecía, como Jesus a la vista del sepulcro de Lázaro. No obstante, dirijiéndose a aquella desapiadada madre, le dijo:

—Señora, en nombre de Jesucristo, de quien soi indigno Vicario, os reclamo estas dos jóvenes, pues primero son de él que de vos.

Tanto la madre como las dos hijas abjuraron sus errores al cabo de poco tiempo, i continúan siendo fervorosas católicas.

ESTA SÍ ES IDOLATRÍA.

Al hacer Garibaldi su entrada en Roma el 24 de enero último, un caballero, queriendo darle pruebas de su estimacion i aprecio, le presentó un sombrero que el jeneral usaba el año de 49, i que aquél conservaba, como preciosa prenda. Al verlo reconoció el jeneral su antiguo sombrero, i esto fué suficiente para que todos los circunstantes se disputasen el *honor* de poseer tan *valiosa joya*.

Bien decia un autor: “Los que no quieren venerar las reliquias de los santos, siervos de Dios, acaban por venerar las de los impíos, enemigos de Dios.”

Esto es precisamente lo que sucede a los modernos liberales. A título de progreso i civilizacion, se burlan de los católicos, apellidándolos oscurantistas i retrógados porque veneran las reliquias de San Vicente de Paul, por ejemplo, que fué el hombre

mas caritativo de los tiempos modernos; i los señores *liberalísimos*, hombres *adelantados i llenos de luz*, tributan honores al sombrero de Garibaldi!

Pero no es esto solo.

La prensa refiere tambien que muchos *italianos despreocupados* que no tuvieron la *dicha* de tirar del carruaje de Garibaldi cuando era ocupado por éste, ni pudieron besar la mano de su jeneral, para dar expansion a sus *nobles i liberales* sentimientos, arrastraron despues el carruaje vacío por las calles de Roma, besándolo a profía cuantos podian.

Hé ahí los hombres que llaman idólatras a los católicos.

ECUADOR.

Uno de los asesinos del último Presidente del Ecuador, señor García Moreno, escribió la siguiente carta a su madre desde la capilla, pocas horas ántes de la ejecucion de la sentencia de muerte:

“Madre de mi alma: En este momento, que es la una de la mañana, cuando solo me faltan cuatro horas para morir, quiero dirigirle estas palabras de consuelo.

“No puede usted calcular el modo prodijioso con que Dios ha tocado mi corazon. Estoi resuelto, gustoso i ansioso de que llegue el momento de ir a conocer a Dios, que a un hombre ennegado en los vicios i olvidado de él tanto tiempo lo ha llamado a su gloria.

“Diga usted a mis hermanos que pregunten a los bondadosos padres Guardian i Baltasar, de San Francisco, que han venido a consolarme de parte de Dios, qué resignacion he manifestado en toda la noche, desde que recibí la Sagrada Hostia.

“Dígales que acordándose de mí se han de confesar i han de llevar una vida virtuosa.

“¡Oh! ¡cuán consoladora es la relijion en estos momentos! Me desesperaba, creyendo que usted se arruinaría en su fortuna; mas ahora nada temo. Dios la guardará. . . . Si a mí, malvado, no me desampara Dios, con mas razon a los que practican la virtud.

“No llore, dé gracias a Dios. El ha vuelto los ojos hácia nosotros. Adios, la espero en el cielo.—MANUEL J. CORNEJO.”

LA MISA BLANCA.

Se conoce la persecucion que padece el catolicismo en el Jura bernés. El rasgo que la caracteriza es lo que en el lenguaje del pais se llama el *culto de la granja*. Allí se halla el pueblo católico

del pasado: las jentes que vengan despues, buscarán los recuerdos de la actual persecucion. Veamos lo que cuenta un testigo.

Asistí al culto de la granja en Courgenay, aldeita mui bella a una lengua de Porrentruy. El consejo municipal suspendió hace dieziocho meses al alcalde, M. Débœuf, por católico, i no ha nombrado otro en su lugar.

Cerca de quinientas personas llenaban la granja. Un altar sencillo, como el pesebre de Bethlem, ocupaba el principal lugar; i encima de aquél habia un cáliz cubierto con los corporales; dos linternas hacian las veces de las lámparas del santuario. Nada faltaba allí; pero el cura, ¿en dónde estaba? ¡Ah! desterrado en la frontera.

La multitud esperaba silenciosa: al cabo entró la institutora de la aldea con un ritual en la mano. Avisa cuáles son los dias de fiesta de la semana, lee despues las oraciones de la misa i la epístola i el evangelio del dia. El *Kirie* i *Gloria* son cantados por un grupo de hombres. No sé si la granja se preste a que suenen bien las voces; pero lo cierto del caso es que ninguna armonía me pareció mas suave ni mas adecuada a la ceremonia conmovedora.

Despues del Evangelio, el capitan X... se presentó con un sermon escrito, que el cura desterrado, Stouder, envía regularmente todas las semanas a sus feligreses, desde el lugar de su destierro. Concluida la lectura, continuaron las oraciones de la misa.

Esto es lo que se llama una *misa blanca* en el Jura. Yo me preguntaba si una retrogradacion del calendario de las edades no me hacia presenciar una de esas escenas de la primitiva iglesia, inmortalizadas por la tradicion i las actas de las primeras persecuciones.

La escena es diferente en la vecina iglesia, en donde los viejos católicos han instalado su sacrílega comedia. Un sacerdote apóstata, que se llama Choisel, para ocultar su verdadero nombre, como los caballeros de industria que huyen de la justicia, entra a la iglesia al mismo tiempo que mi curiosidad me lleva allí, con pasos precipitados i ojos extraviados. Miéntras que hace un simulacro de jenuflexion, vuelve la cabeza para ver quién es el nuevo neófito que le depara la casualidad. Pero yo me salgo al ver que me van a presentar el hisopo con el agua bendita. En la espaciosa iglesia no vi sino dos muchachas, dos pilluelos, una mujer i cuatro hombres. ¡Esa es una parroquia oficial! ¡i ocupa una iglesia i goza de todas las propiedades eclesiásticas, i de una renta de \$ 800!

Si de Courgenay pasamos a Delemont vemos que allí han tenido necesidad de construir un local *ad hoc* a fin de que pueda contener toda la poblacion católica. La granja ha sido reemplazada por una inmensa barraca de tablas, de construccion tan orijinal como ingeniosa.

El pueblo católico del Jura se robustece en la persecucion; cura sus llagas en silencio; el catolicismo recobra su poder en el seno de las familias i cuando llegue el dia del rescate, se hallará mas católico que nunca.

ANTIDOTO EN FABULAS

CONTRA ERRORES ESPECIALMENTE MODERNOS.

Hemos visto la obra que con este título ha publicado en Guayaquil el padre jesuita Luis Segura. Es un tomo en 18.º, de cerca de 300 páginas. Las fábulas están divididas en 6 libros: síguelas una controversia en octava rima, entre el siglo XV i el XIX. Conocíamos al padre Segura por eminente teólogo: así es que nos ha sorprendido agradablemente que varon tan sabio no se haya desdenado de traer entre manos esta tarea festiva de escribir fábulas, bien que su carácter de “antídoto contra errores” les da una gran importancia moral. Se conoce que el autor se ha valido del estilo parabólico i del halago de la rima como para endulzar el borde del vaso en que propina a los niños serias verdades. Muchas fábulas se señalan por la novedad del asunto o por la gracia de la aplicacion, i alude a puntos de la historia de Hispano-América, por lo cual son especialmente interesantes para los habitantes de estas comarcas. Creemos agradar a nuestros lectores poniendo aquí unas muestras de esta recomendable obrita.

La causa de estas alusiones i citas, segun advierte su autor, es haber él estado muchos años en estas repúblicas i conocer de cerca nuestras costumbres populares i políticas.

LIBRO I, FÁBULA 14.

Un caballo con anteojos verdes.

Un hombre vi con singular idea
Unos verdes anteojos
Poner a su corcel sobre los ojos:
—¿Qué pretende, o desea,
Le pregunté risueño, usted con eso?
Respondióme:—Que vea
Verdes esas virutas;
Que yerba ser sabrosa i fresca crea,
I así las coma.—I luego recojiendo
Un buen monton las puso por delante.
Mordiólas; mas enjutas,
I ásperas i pungentes ser sintiendo,
Con lánguido talante

Miraba a los dos lados bostezante.
Ni mas probarlas quiso,
Pues luego echó de ver que solo viso
Tenian de comida;
I eran para quitar, no darle vida.
Aquel era caballo,
Mas al tocar las yerbas aparentes
Echóles luego el fallo
Conociendo no ser para sus dientes:

*Los hombres, mas dementes,
Aunque palpen cien veces con su mano
Que es falso el bien por rojos prometido,
Que es paja sin un grano
I en todo a las virutas parecido,
Aprécianlo por solo el colorido.*

LIBRO II, FÁBULA 4.^a

Las equivocaciones de un campesino.

Yendo a cazar por La Mesa (1)
Ciertos rojos bogotanos,
De un rústico mui sencillo
En la casa se hospedaron.

Ya se ve, como acostumbran,
Hiciéronle gran relato
De sus sistemas utópicos,
I sus ensueños dorados:

Hablaron de masonismo,
De democracia, de cuanto
Hacen su filantropía
I progreso decantado.

El hombre estaba suspenso
Oyendo tales milagros,
Pues ignoraba estas cosas,
Cual sucede a los aldeanos.

I tal elojio le hicieron
I supieron decir tanto,
Que se quedó del rojismo
Grandemente enamorado:

I prometió que vendria
A la capital, pasando
La sementera, a inscribirse
En el masónico cuadro.

Ellos volvieron alegres
De verle mason-hermano,

(1) Poblacion a algunas leguas de Bogotá.

Porque del bien no envidiosos
Procuran comunicarlo.

Vino, en efecto, el labriego
A Bogotá de su campo,
I anduvo por esas calles
A sus huéspedes buscando.

Mas por haber aprendido
Tanta cosa en breve rato
I trascurrido seis meses
Desde aquel encuentro fausto,

Trabucaba casi todos
Los radicales vocablos;
I preguntando decia,
Para que ejemplo pongamos:

¿Dónde habitan los *matones*?
Los *masones* indicando;
¿I la gran *demoniocracia*
No me dirán dónde la hallo?

I de progreso tampoco
El nombre bien recordando,
Decia ser *poco-seso*

O un vocablo asemejado;
Tambien de sus sociedades
I sus socios le trataron,
I él *sucios* i *suciedades*
Con labio dice profano.

Reíanse los oyentes;
Pero dicen que un mulato
Tenido por mui discreto
Díjoles la voz alzando:

De esas equivocaciones
Me admiro se rian tanto,
I no vean que son todas
Mui propias i mui del caso.

LIBRO II, FÁBULA 9.*

Una feliz ocurrencia de las señoras limeñas.

Parto fué sin duda alguna
De verdad i bello humor,
Lo que en la ciudad limeña
Hace poco sucedió.

En el Congreso trataban,
Segun es grande el teson
Que en ello despliega tanto
Hereje lejislador,

De aclimatar en la tierra
Peruana la relijion
Que Lutero, o por su medio
Satan falaz inventó.

I con pompa de palabras
Mas de un sofista doctor
De todo culto abogaba
Por la libre introduccion.

A las señoras, que muchas
Mui piadosas allí son,
Para apartar tal desgracia;
Lindo expediente ocurrió:

Tejiéronse dos guirnaldas,
Propias para su intencion,
La una de alfalfa, la otra
De flores de gran primor;

I tomándolas entrámbas,
Cada una de ellas marchó
Al Congreso i en la barra
Presenciaba la sesion;

Si el herético proyecto
Desechaba el orador,
Presentaban la florida
En señal de su adhesion:

Si, al contrario, peroraba
El opinante en su pro,
La de alfalfa le ofrecian
Mostrando en ello su horror.

I así cerraron las puertas
A la impiedad de Rusó,
Segun la cual es lo mismo
Del diablo el culto i de Dios.

¿Del bello sexo de Lima
Quién te parece culpó
Esta felz ocurrencia
Con grande encono i furor?

Pues nadie, sino la jente
Que con frenético ardor
En Carácas por enero
Al congreso acometió,

I que en Bogotá por marzo,
Para lograr la eleccion
De su candidato López,
Puñal agudo blandió.

*Así veras que estos hombres
De eterna contradiccion,
Juzgan de una misma cosa
Segun les viene mejor.*

A LOS SANTOS INOCENTES.

I.

Voces de confusion i de amargura han herido mis oidos con fuerza de huracan.

En mis ojos se ha abierto la fuente de las lágrimas, i mi lengua está atada con las ligaduras del terror.

I las voces no son de tribus que pelean, ni de huestes que succumben.

I la confusion no es, ni de moradores de ciudades incendiadas, ni de familias perdidas en el Desierto.

I la amargura no es de hombres que arrastran la cadena de la esclavitud, ni de reos cuyos ojos sacan los verdugos.

I los clamores son como de zagales que buscan la grei perdida, i la gritería es como de pueblos ajitados en el tumulto.

I el aullido es como de perros que ladran sobre el cadáver de su amo; i el ruido es como balido de ovejas en redil invadido por las hienas; como rujido de leon que ve sus cachorros presos en el lazo; como suspiro de tórtola en el nido asaltado por la serpiente; como el melancólico trino de las aves cuyos hijuelos roba el cazador.

En los valles de Judea no resonaron jamas tantos i tan tristes lamentos: ni nunca subieron a sus montañas tantos i tan prolongados ayes, tantos i tan lúgubres jemidos.

¿Quién rasga, Judea, las vestiduras de tu alegría?

¿Por qué lloran tus mujeres llanto de desolacion?

Jesus ha nacido en Belen, i Heródes reina en Judea.

Sobre un establo nace la majestad de un Dios, i sobre un solio de vana pompa i grandeza se sientan la soberbia i la depravacion del hombre.

En el estado de la pobreza cubre Dios con el velo de la humildad los resplandores de su gloria;

I en el trono de la dominacion ostenta el hombre el asqueroso manto de sus vicios.

Jesus ha nacido en Belen

I el tirano de Judea ha encendido sus ojos en la llama de la ira;

I hierve en su pecho la saña con fuerza de olla puesta sobre brasas de enebro i de retama;

I su cara el Aquilon;

I su boca como el cráter de un volcan;

I de su boca han salido torrentes de lava destructora;
I su lengua ha lanzado palabras de esterminio, como flechas
envenenadas arrojadas del arco de alevoso ballestero.

El rei de los judíos ha nacido en Belen.....

I el tirano de Judea tiembla temblor de expiacion;

I se ajita como culebra arrojada al fuego;

I en la fiebre ardiente de su soberbia pone en tortura su per-
versidad;

I se viste con la armadura de la muerte, i dice:

“¡Mueran cuantos niños se nutren con la leche de las madres
de Judea!

“¡Que ninguno se salve de mi sentencia de esterminio.....!

“Marchad, sayones.....: cerrad vuestros oidos a la piedad;
herid con mano firme i segura.....

“Hacinad sus cadáveres como almiares de heno..... pegadlos
fuego..... i arrojad al aire las cenizas.....

“Mis ojos os siguen.....; yo contaré las víctimas que cada uno
de vosotros haga.

“¡Ai de aquel cuya mano atraviere ménos pechos!”

La voz del tirano hirió el corazon de las madaes con fuerza de
muerte repentina.

I no murieron a impulsos del dolor, porque la defensa de los
hijos es en las madres un sentimiento mas poderoso que la natu-
raleza.

I María estrecha en el seno de su amor al Amor de los amo-
res.

I besando su frente hermosa con la hermosura de Dios, exclama:

“¡No morirás, hijo mio; nó, no morirás.....!

“Las nubes me darán un esilo para Tí.....

“La furia del tirano no puede llegar hasta los cielos. El aire
me prestará sus alas, i con ellas volaremos, i con ellas huiremos
de esta tierra de desolacion.”

I parecia que el dolor habia agotado las fuerzas de la mas her-
mosa de las madres.....

I de su corazon no salian ya mas que ayes de amargura, cuan-
do apareció el ángel del Señor Dios, i dijo:

—“Levántate, María, toma a tu hijo, i huid.....

“El Señor Dios me envia para guiaros..... Ejipto es el lugar
de vuestro refugio.....”

I María i José se posternaron, i dieron gracias al Señor Dios.

I poniendo en El su confianza, como Amram i Jacobed, salva-
ron en las llanuras de Ejipto al nuevo Moises confiado a su cui-
dado.

I partieron como David huyendo de Absalon.

I fué su asilo tan seguro como lo fué Gabáa para el Arca de
la alianza; i una hospitalidad tan jenerosa como la que hallaron
los sacerdotes en la casa de Abinadab.

II.

Los satélites del tirano inundan la Judea, i el sol ha marcado en la sombra la hora de la destruccion.

Las mujeres de Judea corren aterradas por las calles i las plazas, por los montes i los valles.

I en las ciudades, i en las aldeas, i en los campos, se oyen el ruido de los verdugos, el ¡ai! de los niños que perecen, i el ¡ai! de las madres que caen desfallecidas.

I las madres defienden a sus hijos con valor de varones fuertes;

I los satélites luchan por arrebatarlas sus hijos con encarnizamiento i saña de manada de lobos ajitados por la rabia;

I del regazo de amor, i de las manos inermes, i de los pechos que lo lactaban, los arrancan con fuerza i ruido de ramas desgajadas de los árboles.

Donde el vigor no alcanza, la llama de la saña hiere: i un mismo hierro traspasa a un tiempo mismo el seno del hijo i el de la madre.

I ámbos luchan con la muerte.

I todavía se afanan las madres en esa lucha por contener con sus labios la sangre de las heridas de sus hijos;

I en la ceguedad de la defensa, hai mujer que huye llena de contento, creyendo llevar salva la prenda de su amor;

I cuando la infeliz va a estampar el beso del triunfo sobre la frente de su hijo, conoce que sus manos no poseen mas que la mitad del cuerpo, que el verdugo dividió en su empeño de arrancarle de los brazos de la que le dió el sér.

I las madres luchan, i nunca vencen;

I los sayones persiguen, i nunca perdonan;

I las madres demandan piedad;

I los sayones reclaman las víctimas;

I la sangre de los niños corre a torrentes;

I las lágrimas de las madres aumentan los raudales del dolor.

I en Dan, i en Betsabée, i en Joppe, i en Belen, asaltaron las moradas, e invadieron el tálamo del amor;

I desde las atalayas arrojaban los hijos de las mujeres de Judea;

I en las cuevas pisaban sus cuerpos, i en las cunas molian sus cabezas como granos de maiz arrojados a la piedra de molino.

Llorad, mujeres de Judea, llorad sobre los cadáveres de vuestros hijos;

Llorad llanto de Helí en la muerte de Phines i Ophi....

Llorad como la madre de Issabod en la pérdida del Arca, como Abel la grande en la destruccion de los bethasamitas;

Llorad como en Goatha i en Gereb, como sombra salida del sepulcro de Raquel por la calamidad de Rama, en el cautiverio de las tribus....

Llorad como las mujeres de Jerusalem en los horrores de su asedio, como los moradores de Gabim en la irrupcion de Assur.

Llorad, mas que por la muerte de vuestros hijos, por el sacrilegio del tirano.

¡Ai del pueblo donde tiene su asiento la impiedad!

¡Ai de la nacion sometida al capricho del que hizo ahogar a Aristóbulo; del que mandó matar a Hircano i a Alejandro; del exterminador de las razas de los amoneos.

Llorad, mujeres, llorad....

La naturaleza puso en vuestros corazones la ternura i el amor; i abrió en vuestros ojos la fuente inagotable de las lágrimas....

¿Qué seria de la mujer si no sintiera?....

¿Qué seria de las madres si no lloraran?....

III.

Cumplida está ya la sentencia....

A las voces de la confusion i del terror, ha sucedido el silencio de los sepulcros....

Nada se oye, mas que el rumor de los ayes que apénas pueden exhalar las madres agobiadas con la vehemencia del dolor....

Alentad, mujeres de Judea; enjugad vuestro llanto, abrid vuestros ojos, i vereis la justicia del Señor Dios.

Mirad a los cielos, i en ellos a vuestros hijos vestidos con la túnica resplandeciente de la inocencia, i coronados con la guirnalda del martirio;

I oireis los cánticos de su triunfo i las súplicas que dirijen al Señor por la felicidad de sus madres.

No han muerto.... porque viven con la vida de la inmortalidad.

Oid, oid la voz del Señor Dios: *Benditos sean los que con su muerte conservaron la vida de mi Unijénito.*—Alentad, mujeres de Judea.

Oid las imprecaciones que la tierra lanza contra ese tirano, figura de Behemoth i de Leviathan, contra el nuevo Amalec, contra el que es mas bárbaro que Faraon, mas sacrílego que Acham, mas impotente que Sanabalat contra Zorobabel, mas impío que los adoradores de Baal i de Astaroth....

Dios se prepara a vengaros.

La mano de su castigo se estiende, i sobre la cabeza de Heródes caen estas palabras de su enojo:

¡Maldito sea el hombre que persigue a la inocencia!

A su voz vació la podredumbre el fango de la corrupcion en el cuerpo del tirano;

I la calentura le dió su sed, el hambre su debilidad, la rabia su dolor, i la muerte sus gusanos;

I pasto fueron sus carnes de los que se nutren con cadáveres;

I Dios quiso que viviera en el lecho de la muerte, i que la muerte se nutriera con su vida....

¡Gloria al Dios de los Inocentes!

LEON CARBONERO I SOL.

AÑO NUEVO.

I.

Antes de pasar los umbrales del año que se nos viene encima, sería conveniente resolver una cuestion siempre antigua i siempre moderna, que se ha suscitado, digámoslo así, incidentalmente, nada ménos que en el Parlamento.

Los términos del problema se ofrecen a nuestra consideracion encerrados dentro del curioso espacio que hai siempre entre dos interrogaciones.

El secreto, pues, se nos acerca con cierta malicia burlona, i nos pregunta: ¿qué tiempos son mejores, los pasados o los presentes?

La pregunta se descuelga con una oportunidad incontestable; porque a nadie se le oculta que nos encontramos a fin de año, i que convendria saber si nos conviene apechugar con el año que se acerca, o contratar de nuevo al año que se va para servirnos de él otros doce meses por lo ménos.

Demos una vuelta alrededor de la cuestion ántes de entrar en ella para que veamos dónde nos vamos a meter.

Si los tiempos pasados son mejores que los presentes, lo primero que se ocurre es pararse i ver si se puede volver atrás; pero si los tiempos presentes son mejores que los pasados, lo que se ocurre a primera vista es la conveniencia de no seguir adelante para no derrochar en cuatro dias el codiciado capital de estos preciosos tiempos.

Por este lado la averiguacion es inútil, porque ya de un modo, ya de otro, lo que parece mas conveniente es echar pié a tierra i plantarse, como sábiamente hacen todas las mujeres que han cumplido treinta años.

No obstante, es preciso despejar la incógnita porque urje saber si hemos sido unos sabios naciendo ahora o fuimos unos tontos no naciendo ántes.

La primera observacion que me tira de la levita es esta:

“Los tiempos pasados no han debido ser mui buenos, por la sencilla razon de que han durado muchos siglos, i todo el mundo sabe que lo bueno dura poco.”

Pero me sale al encuentro otra reflexion, i guiñándome el ojo con profunda malicia, me dice:

“Los tiempos presentes deben ser mui malos, porque todo el mundo anda buscándoles salida como si nos hubiéramos metido en un mal paso.”

Es verdad: no hablaríamos tanto de lo que está por venir, si lo presente fuera a nuestros ojos siquiera medianamente bueno.

Si *mañana* es una esperanza, *hoi* debe ser una desgracia.

Al mismo tiempo obsérvese la tristeza con que se descuelgan las siguientes palabras:

“La humanidad tiene que ser jóven o vieja: si es jóven no querrá pasar de la juventud; si es vieja querrá volver a ella.”

“Cuanto mas anda el hombre en la vida, mas se acerca a la muerte; de manera que nuestra esperanza es el fin del mundo. A pesar de esto, nadie quiere atrasarse; los que ménos pedimos, deseamos siquiera salir del dia.”

Es verdad que los tiempos pasados no hai por donde agarrarlos; i esto es claro, si se hubieran podido cojer no se habrian ido.

Tomando el asunto desde su principio, vemos que nuestro padre Adan lo hizo todo lo peor posible, legándonos una herencia cuya posesion nos cuesta sudores de muerte.

I hé ahí la primera operacion de crédito que se hizo en el mundo: él realizó un empréstito que nosotros pagamos. Este es el principio de ese recurso con que se han enriquecido los Estados modernos, i que se llama deuda flotante.

Pero consideremos que si nosotros somos mejores que nuestros padres, hai una inicua injusticia en el órden de sucesion.

Yo pregunto: si fueron inferiores a nosotros ¿por qué van delante?

O do otra manera: si somos mejores ¿por qué vamos detrás de ellos?

¿Será que la humanidad ha empezado por el fin?

Yo me horrorizo cuando desde el punto elevado de la historia en que nos encontramos, vuelvo la cabeza i echo una hojeada hácia atrás.

¡Qué bárbaros! En Sagunto i en Numancia se degüellan unos a otros por no ser ciudadanos de Roma: ellos mismos incendian sus ciudades para alumbrar el vuelo trinfante de las águilas romanas, i alfombran el camino por donde pasan las lejiones invencibles con la púrpura de su sangre.

¡Parece mentira! Siete siglos emplean en arrojar de España las nuestes agarenas, i pasan siete jeneraciones estúpidas haciéndole la cruz a los moros.

Se les ocurre llamar sabio al rei don Alfonso porque tuvo la humorada de hacernos unas cuantas “partidas” que aun no hemos podido olvidar.

¡Qué tiempos, santo Dios, serian aquellos en que era el modelo de los hombres ese brutal personaje que ha llegado hasta nosotros bajo el nombre de Cid!

¡Qué idea debia tenerse entónces del soldado, del súbdito i del hombre!

No comprendo qué interes pudo tener Isabel la Católica en venir al mundo en tan triste época.

¿I qué debemos pensar de Cervantes? ¿Cómo pudo haber tan grande ingenio en tan estrechos tiempos?

¿I antes? ¿Qué insensatos! Colon descubre la América, i Hernan Cortés conquista a Méjico.

Llega un tiempo en que nuestros padres esclavizados pierden hasta el derecho de dormir de noche, porque el sol no encuentra horizonte donde ponerse en los dominios de España.

Al fin se acerca el día en que esos tiempos van a pasar al sepulcro de la historia, i nuestros padres hacen el último esfuerzo i firman su testamento con esta rúbrica bárbara: Dos de Mayo.

¡Imbéciles! ¿Qué nos han dejado? Nada: la primera historia del mundo.

¿Qué tiempos! nadie diría que habian de venir a desembocar en éstos.

Digámoslo con orgullo: no parecemos hijos de nuestros padres.

Los tiempos presentes ¡qué diferencia! No tenemos el oprobio de Numancia ni de Sagunto, no en siete siglos, sino en siete meses hemos arrojado a los moros, no de España sino de Tetuan. ¡Las partidas! Nosotros tenemos partidos. Nuestro Cid es mas que un hombre, es un banquero. No hemos conquistado a Méjico, cierto, pero hemos adquirido a Santo Domingo.

Es preciso acabar de una vez con esa preocupacion que nos hace creer que “todo tiempo pasado fué mejor,” porque en ese caso el progreso humano resultaria en razon inversa, i vendriamos a parar al absurdo inadmisibile de que las últimas jeneraciones están condenadas a ir a la cola de la humanidad.

Somos mejores que nuestros padres; pero esto tiene una dificultad que merece pensarse.

¿Debemos declararnos incluseros para no cargar con la vergüenza de nuestro oríjen? Veamos.

Bajo ese punto de vista preciso es que nos detengamos antes de entrar en el año nuevo, para que el presente no deje de ser el mejor de los años. Está en nuestro interes i en nuestra dignidad.

Ahora comprendo la profunda sabiduría con que las mujeres se quitan años. Lo hacen como quien dice: “no tengo nada que ver con los tiempos pasados.”

Es una cuenta corriente en la que toman tanto de lo que llega como dejan de lo que se va.

Las cosas, por una razon incontestable de adelanto, van siendo malas segun se van alejando de nosotros: para ser buenos es preciso que nos paremos.

Pensemos bien el caso crítico en que nos encontramos. Si seguimos adelante, vamos a comprometer todo lo que hemos ganado.

Si hemos conseguido llegar a ser mejores que nuestros padres, no debemos pasar de aquí, porque mañana seremos peores que nuestros hijos. Como padres, no podemos admitir semejante injuria.

—¿Qué quiere decir año nuevo?

—Quiere decir que el otro ya es viejo.

En tal situacion es imposible parar el carro, porque detenernos aquí seria tanto como no salir de la antigüedad.

Hai algo de precipitado en este viaje.

Doce meses le bastan a un año para volverse viejo. No tenemos tiempo que perder: resolvamos la cuestion.

La cuestion seria difícil de resolver si no estuviera ya resuelta: el año es nuevo pero los dias son viejos; los doce meses que se van son los mismos doce meses que vuelven.

Desde que se descubrió el nuevo mundo no hai nada nuevo.

La antigüedad se repite delante de nosotros como una vieja disfrazada de niña: todo lo ha dicho i todo lo ha hecho.

Con los sucesos ocurre lo mismo que con los hombres, vienen por jeneraciones: cambian de nombre, pero siempre son los mismos.

¿Qué es un hombre mas que la repeticion de otro?

Llamad a la Moda i preguntadle. ya sabeis que la Moda no es mas que la novedad.

Pues bien, aquí teneis una tela nueva, es de lana, por ejemplo, clara u oscura.

Todos la vemos i exclamamos: “¡qué cosa tan nueva!”

Recapacitemos: la lana es una materia conocida desde el sexto dia de la creacion del mundo, los colores son tan antiguos como la luz i la oscuridad es anterior al sol; la tela mas maravillosamente tejida se remonta a los tiempos de Penélope.

Veamos otra cosa nueva: aquí hai un sombrero acabado de hacer. ¡Qué alas! ¡Qué copa! Digámoslo francamente: las copas son tan antiguas como los árboles i las alas tan viejas como los cuervos.

Pero vengamos a la novedad mas caprichosa: aquí teneis un lazo admirable, verdaderamente nuevo. Todos caen en él i ninguno cae en la cuenta.

Este lazo es una pobre imitacion de aquel que Eva compró a la serpiente por un tesoro de inocencia: es el mismo en que Adan cayó.

La tienda misma ¿qué tiene de nuevo?

Ella es una especie de paraiso; el comerciante una clase de serpiente; la mujer una continuacion de Eva, i el hombre un pobre Adan.

El mundo es ya una vasta prendería, en que todo es viejo hasta la misma juventud.

Lo único orijinal que conocemos es el pecado, i cuenta ya seis mil años de fecha.

¡Año nuevo! No le creais: os engaña: seis mil veces ha pasado ya por la tierra: es el mismo de siempre.

II.

Al llegar al último día de Diciembre no puede uno ménos de pararse, tirar una línea por debajo del último minuto i sumar.

La cantidad que arroja esa operacion puede ser cualquiera de estas tres: un año, doce meses o trescientos sesenta i cinco días.

Esa cantidad puede anotarse o entre las ganancias o entre las pérdidas.

El tiempo es una de las cosas que mas fácilmente se gana o se pierde.

Ganar tiempo es hacer que otro lo pierda.

Perder tiempo es lo que hacen todas las mujeres que han pasado de cuarenta años.

Por una rareza incomprensible, cuanto mas tiempo se pierde mas tiempo se tiene.

Hemos andado trescientos sesenta i cinco días minuto a minuto, sin descansar ni un momento: hemos comido andando; andando hemos dormido.

Si hubiéramos podido detenernos un momento, no nos encontraríamos ahora en el último instante de este año que se nos escapa.

El tiempo es un reloj cuyas agujas somos nosotros, que vamos siempre de hora en hora, de año en año.

Esta suma de meses se nos presenta de un golpe, i nos dice: "Un año mas."

Hé aquí una noticia que seria verdaderamente agradable si no quisiera decir: "Un año ménos."

Tenemos a la vista un año que va a cumplirse, i que podemos sumar i restar a la vez sin que sufra alteracion la cantidad que buscamos.

Digan lo que quieran las matemáticas, esas viejas curiosas que todo lo averiguan, *mas* es enteramente igual a *ménos*.

Al ajustar la cuenta nos encontramos con que la fórmula es indiferente para la exactitud del cálculo.

Esto es mui curioso.

Un hombre emplea todo su tiempo en adquirir cuarenta años de vida, por ejemplo; se le ocurre un día hacer un arqueo sobre este capital tan penosamente ganado, i se encuentra con que los cuarenta años los tiene de ménos.

Uno toma su partida de bautismo, cuenta los años, suma i dice:

--Un año mas de vida.

Otro hace la misma operacion, i saca en limpio este resultado opuesto:

—Un año ménos de vida.

En presencia de estos dos resultados, cualquiera, valiéndose de otra fórmula tambien matemática, diria:

—Es igual.

Mas, ménos, igual.

Hé aquí tres términos que en la cuenta de la vida forman una combinacion verdaderamente absurda.

El problema se plantea i se resuelve así:

Mas, igual, ménos.

O de otra manera talvez ménos matemática, pero mas gramatical:

Mas es igual a ménos.

Hé aquí por qué sobre el tiempo no se puede formar cálculo ninguno.

La vida matemáticamente considerada, es una unidad que la muerte reduce a cero.

Hai en las mujeres dos edades cuya verdadera diferencia consiste en la diversa manera con que en cada una de ellas ajustan la cuenta de la vida.

A los doce años todas las mujeres suman.

A los treinta todas las mujeres restan.

Por esta doble operacion se ha llegado en Madrid a la felicidad de una juventud perpétua.

Con los años que se quitan las viejas se hacen mujeres las niñas.

Es posible que la vida sea un camino mui corto; pero yo lo que observo es que todos caen desfallecidos al llegar al término de ese camino.

Todo es misterioso en este asunto.

El afan de vivir no es mas que el afan de dejar la vida.

Ajustada bien la cuenta, resulta que el tiempo es una inmensidad de la que no puede disponer el hombre mas que de un minuto.

Ese minuto en el que puede decir: vivo.

Por cada uno que nace se abre un libro de caja: el *Debe* se va llenando poco a poco, miéntras el *Haber* permanece en blanco.

Llega la muerte, que es una especie de liquidacion, i entónces no hai mas remedio que pagar la vida con la vida.

Es un depósito que devolvemos.

La sepultura es la caja donde entregamos el capital que se nos habia confiado.

Hai en el fin de cada año algo que se parece al fin de la vida.

Es la época en que se cortan todas las cuentas.

La prosperidad moderna ha descubierto un nuevo lazo entre los hombres.

Los vínculos del amor, a fuerza de estar tanto tiempo en ejercicio, se han relajado; la amistad es tambien demasiado antigua.

El gran vínculo que hoi une entre sí a los hombres, son las deudas.

Se puede decir que vivimos sujetos unos a otros por el bolsillo.

De la nivelacion ha resultado un terrible desnivel; la sociedad se ha fundido en estas dos clases: deudores i acreedores.

Deber es tener la seguridad de que hai por lo ménos un hombre que no nos olvida.

Las deudas vienen a ser el fausto de nuestros tiempos.

Hemos roto las trabas de tantos deberes, que ha sido preciso poner apresuradamente en práctica el deber dinero.

Una deuda es casi un adorno.

¿Quién no debe?

Hemos echado la cuenta de nuestra prosperidad, sumando lo que hai i lo que se debe: por eso hai tanto.

Cuando Dios hizo el mundo, no habia nada que fuera ménos que nada.

Cuando el hombre tropezó con la misteriosa série de los números, nada encontró que fuera ménos que cero.

La nada era el límite, la barrera insuperable puesta a todo, i el cero una especie de punto final colocado como término del discurso humano.

Ante estos dos obstáculos ha permanecido detenida la humanidad por espacio de muchos siglos. ¡Qué atraso!

Empujados por la fuerza del progreso, hemos roto esos límites vergonzosos ante los que se hallaba suspensa la razon humana.

El mundo necesario para el desahogo de la grandeza moderna tenia que ser mas espacioso, i hemos extendido nuestro dominio mas allá de la nada, i hemos llevado nuestros cálculos mas allá del cero.

El órden es este:

El hombre que posee mas o ménos riqueza, representa una cantidad.

El que no posee riqueza ninguna, es entre los hombres lo que el cero entre los guarismos.

El que debe representa ménos que cero tanto como deba.

La deuda está al otro lado de la nada; para deber es preciso estar *bajo cero*.

Donde creíamos que acababa el mundo, hemos encontrado que precisamente empieza otro mundo.

El mundo antiguo empezaba en los ricos i acababa en los pobres; ahora empieza en los que tienen i acaba en los que deben.

Todo lo que hemos andado puede medirse por la distancia que hai de pedir limosna a pedir prestado.

El que no tiene nada es pobre, el que debe es mas pobre todavía.

En virtud de esto todas las naciones están mas allá de los que piden limosna.

Nuestra prosperidad no puede ser mas pobre.

JOSÉ SELGAS I CARRASCO.

